

Empieza á decir algo
y sea lo que sea,
que las monjas no acaban
por más que siempre empiezan.
Es el amor de monjas
de tan frágil materia
que, cuando más abrasa,
es cuando menos quema.
Toda la fealdad
solo se encuentra en ellas,
y muchas veces topa
con lo mismo que encuentra.
Este es amor al tope,
y en ellas cosa es cierta
que hacen á un pobre, topo
si quiere amar á ciegas.
Con melindres se esplican,
y le hacen creer por fuerza
al pobre que le quieren,
que quiera que no quiera.
Pídenle muchos celos,
y dicen con voz tierna:
—¿cómo está esa hermosura
que para mí es tan fiera?
—Usted con su memoria
á mi amor no alimenta,
sin duda que me ayuna
por dama de cuaresma.
Ni carne ni pescado
somos, aunque sirenas:
sin duda quien lo juzga
no sabe lo que pesca.
Pues sepa que mi amor
es un racional Etna,
que no ofende á su fuego
aunque la nieve ostenta.

El fuego en que me abraso
en mí se reconcentra,
y suele ser el fuego
humo de chimenea.—
Hace de la enojada
y se mete en su celda,
y entre aquellas y esotras
son esotras y aquellas.
El va á desenojarla,
sale con resistencia,
porque á la puerta llama
amor que está por puertas.
Algo la desenoja;
dice: —vaya á la reja,
porque si amor es hierro
conozca lo que yerra.—
Ofrécele mil cosas,
y la tal las acepta,
y á medias recibe algo
si se lo dan á medias.
Pero entra el padre maestro
y dice circunspecta:—
venga acá, maestro padre,
y más que vaya venga.—
Todo es falso, y lo fino
no se ha encontrado en ellas,
porque en ellas lo cierto
aun pierde la evidencia.
Lo que ellas sienten solo,
entre angustias y penas,
es estar encerradas
pudiendo estar abiertas.
La prisa que me dan
aquí en esto me dejan,
y así esta copla quiero
que sea la postrera.

De don Pedro José Bermúdez de la Torre:

Inspirame hoy Talía
delicadas cadencias,
que en asuntos de monjas
es preciso escribir delicadezas.
Desde que nace el alba
hasta que el sol se ausenta,
más ruido en los conventos
oyen que donde el Nilo se despeña.
Luego que se divisa
la luz aún medio abierta,

los cerrojos y aldabas
abren acatarradas las porteras.
El sacristán, pidiendo
recaudo, al torno llega,
porque su desayuno
liberales le dan las vinageras.
Las sirvientes que barren
hacen que allí cualquiera,
sin ser Don Beltrán, quede
perdido con la mucha polvareda.
Viene un fraile frescote
con listas de grandeza,
porque por compañero
al hermano sombrero sólo lleva.
Manda, al verle, una monja
que, llamando á la celda,
de Doña Inés Rengifo
con repiquete y tres hagan la seña.
Allí un soldado llama
que se engaña si piensa
en su fama, pues juzga
que es un Cid, y le tienen por babieca.
Aparece muy flaco,
sin Horacio, un poeta
que, como dijo el otro,
estudió Teología en Juan de Mena.
—Con bien mandéis, les dice,
este año torno y puerta:
(Oh! Góngora y qué texto!)
jubilando la red en los que os restan.
Saque usted su tabaco,
dice al fraile una vieja
que, aunque ya está marchita,
siempre para pedir se halla muy fresca.
—Al servicio de ustedes,
dice otro allí; mas ellas,
con prolijo melindre,
obsequios con tal título no aceptan.
Viene un galán pomposo
de perruca, y que precia
de haber puesto en corbatas
el gusto que poner pudo en corbetas.
Es hombre que al espejo
se compone y se afeita,
pero queda en su engaño
más simple cuanto más compuesto queda.
Hace llamar á Filis,
seglarita ojinegra
que, los más de los días,
se muda los devotos por limpieza.
Ser devoto es pecado
contra naturaleza,

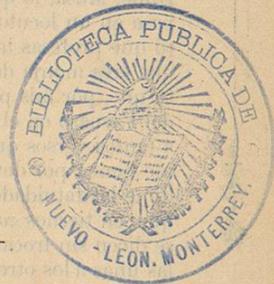
pues sus obras se impiden
 en la mentalidad de las ideas.
 Pero ellas dicen que este
 sólo es amor, y prueban
 que sólo en la esperanza
 tiene débil arrimo la fineza.
 Sale Filis quejosa
 á ostentar por la reja,
 con sólo su hermosura,
 en breve espacio mucha primavera.
 Pide otro que le llamen
 al punto á Dorotea,
 que aunque no es la de Lope,
 es rara, pues sin ser hermosa, es necia.
 Por aquellos estrados
 de la sala de afuera,
 tienen los mercachifles
 las petacas con tanta boca abierta.
 Allí, á la vista ociosos,
 hacen con su pereza
 su dicha, en cuyo empeño
 la misma ociosidad es diligencia.
 La seglar al devoto
 le dice: —quién creyera
 que, en humos del olvido,
 las llamas del amor se desvanecen?
 —Eso dices? exclama,
 cuando el alma deshecha
 por culto á sus altares
 ofrece la humildad de mi paciencia.
 Que soy tu esclavo sabes,
 díganlo cuantas señas
 en este umbral imprimen
 á pesar de los vientos mis cadenas.—
 Del poeta al reclamo
 sale otra bachillera
 que habla verdad, pues viene
 diciendo: loca estoy de esta cabeza.
 Dícela: —dueño ingrato,
 ¿qué música mis penas
 á tus injustas iras
 harán si tus rigores no se templau?
 Lágrimas y ternuras
 dedicarte quisiera;
 mas soy pobre, y mi suerte
 quiere que aun un puchero hacer no pueda.
 Llévate toda el alma,
 pues caben sólo en ella
 cuidados de un devoto
 por la capacidad de ser eterna.
 No es delito adorarte;
 pues, si ingrata no fueras,
 á tus mismos preceptos

fueran lisonjas mis inobediencias.
 Pero haz tu gusto en todo,
 que el amor nunca fuerza,
 por más que los amantes
 su actividad acusan por violencia.
 Ella, con raros dengues,
 le dice: —¿qué me cuenta?
 ¿no sabe que no estilo
 armar conversación á las tristezas?
 No admito yo pesares,
 que si un cuidado llega
 á su alma, en cuatro días
 de una cristiana hacer podrá una vieja.
 En vez de aromas puros
 que otras habas humean,
 de apagados candiles
 no admito en mis altares las pavesas.
 Prendas ninguno trae
 que al empeño me muevan...
 ¿pues qué quieren, estando
 los hombres sin caudales y sin prendas?
 Si á alguno pido, tiene
 de bronce las orejas,
 que para mis demandas
 ninguno en los oídos tiene cara.
 Un mercader aguardo
 que mi mano pretenda,
 si á la obra de su dicha
 quisiera dar la mano más perfecta.
 No escusará su empleo
 mi esquiva resistencia,
 porque, con él casada,
 quiero oírme llamar *la rica fembra*.
 Y esto ninguno culpe,
 pues sin razón se queja
 el que con sus lisonjas
 sólo pudo adornar mis esperiencias
 Y el que quisiere arrastre
 su agradable cadena,
 que, á los amantes finos,
 por más que les oprima, no les pena.—
 Ya las rejas se miran
 de otros mil bobos llenas,
 que en aquel campo quieren
 sus desvarios cultivar con reja.
 En volar entre flores
 se acreditan de abejas,
 y en repetir el torno
 mariposas impróvidas se muestran.
 La *escucha* de la sala (1)
 es una monja seca,

(1) La *escucha* era una monja vieja que funcionaba como vigilante en el locutorio.

á quien por las arrugas
 se le traslucen las impertinencias.
 Un lázaro solfista
 que, con la boca tuerta,
 entona un *Parce mihi*
 de modo que parece que reniega,
 á repasar la solfa
 viene, y su voz remeda
 la que forma en la clave
 de *re, fa, ut* una menor tercera.
 — Buenas letras las traigo,
 dice, aunque no me premian;
 pero ¿qué premio alcanza
 hombre que es inclinado á buenas letras?—
 Allí el fiscal Melgosa,
 y allí el doctor Sequiera,
 en sus oficios vienen
 estofando Licurgos y Avicenas.
 Salen dos mulatillas
 y, aunque están de revuelta,
 al verlas uno exclama:
 — Ay! por mi mal halladas dulces prendas!—
 Allí un apasionado
 dice á otra zagaleja:—
 en tí logran mis ojos
 otra niña de flores y de perlas;
 pero temo me adorne
 de las insignias fieras
 que al hombre no le arman
 si al animal no armaron de Amaltea.
 Por esto mi cuidado
 surca un mar de sospechas;
 que nunca está tranquilo
 pues padece inquietud aún sin tormenta.—
 Allí habla el mayordomo
 con la madre abadesa
 de que, con las cobranzas,
 se han embotado ya sus diligencias.
 Carnero el boticario
 viene á ajustar sus cuentas,
 con química esperanza
 de convertir en vales las recetas.
 Una seglar le dice:
 — ahora que me acuerdan
 de cuentas de botica,
 yo con con Belisa quiero ajustar cuentas.
 Aquí está la memoria
 que no llegué á perderla,
 por más que sus engaños
 aún el entendimiento hacen que pierda.
 Libre mi pecho tuve;
 pero ya mis tristezas,

naciendo para hermosa,
 han venido á mandarme ser discreta.
 Primeramente debe
 muchas lágrimas tiernas,
 que para sus pasiones
 quise que fuesen confección de perlas.
 Para un cordial de oro
 di, cuando una impaciencia
 me obligó á que de Tibar
 disipase al cabello muchas hebras.
 Confección de jacintos
 desataron mis penas,
 cuando de muchos aires
 la diáfana región del viento pueblan.
 De coral y de rosa
 tantos polvos me cuesta
 que, así como mis labios,
 mis mejillas lo dicen macilentas.
 Más de piedras bezares
 dió el caudal mi fineza,
 y también le aplicaron
 mis manos el cristal en que las beba.
 Más de ámbar y de almizele
 los alientos me lleva,
 y de flores cordiales
 despoja de mi edad las primaveras.
 El señor boticario,
 pues quiso amor que venga
 á este tiempo, regule
 estas cuentas que yo me tengo hechas.—
 Desesperado el hombre,
 con tan horrible arenga,
 pide que le despachen
 aunque le libren en la Real Hacienda.
 De su furor llamada
 le dice la enfermera:
 — si en su casa hay de todo,
 que también contra ira haya paciencia:—
 Drogas son cuantas hace,
 prosigue, y él se arredra
 exclamando: — palabras
 de monjas que matáis con las chufletas.—
 Una en la puerta dice.
 — quien llama á la Becerra?
 Otra: — si hay huevos? y otra,
 que rosquetes no hay ya de la Saavedra. (1)
 Allí mil regatones
 pregonan, desde fuera,
 pastelillos, tamales,
 empanadas, mistura, rosa y brevas.



(1) La Saavedra fué una famosa panadera de Lima, establecida en la parroquia de Santa Ana.

Dentro sólo se trata
de elección de Abadesa,
porque á la actual de mando
dos años y once meses sólo restan.
Con lo cual todo el día
tránsitos, claustros, huertas,
tornos y celdas, forman
más rumor que de Líparis las piedras.
Este el Babel en suma
es de un convento, y resta
lo más, aunque la fama
ocupe aquí sus plumas y sus lenguas.

De don Pedro de Peralta.

Dime, Musa, lo que
pasa en un locutorio,
tú que profesas tanto
que eres monja de Apolo;
tú que, por mis pecados,
del Parnaso en el torno
á tantos versos que
me tienen por devoto;
dime las fatuidades
que, en tiernos *zorrochocos*, (1)
se dicen sin trocarse
las unas á los otros.
Dimelas, y si acaso
de tu piedad las oigo,
te evitaré que vayas
del Pindo al refectorio.
Pero ya con la magia
que en tus hechizos noto,
van saliendo al papel
las bobas y los bobos.
Allí una seglar sale
con pañito de bordo,
como bravo de esquina
metida en el rebozo.
Allí una monja vieja
con muletas y anteojos,
que mira ya á la muerte
la barba sobre el hombro.
Otra moza que parla
con un fraile modorro,

y el Padre Sanchez juzga
que es un Vieyra ó Scotto.
Allí unos mercachifles
tendidos como lobos,
en su misma pereza
haciendo su negocio.
Unos á la rayuela
juegan en grande corro,
perdiendo en los ladrillos
lo que ganan al lodo.
Una ofrece, y él dice:
—más me tiene de costo;
—saque usted otros más finos;
—señora, no tengo otros.
Una: —tiene plantilla?
Otra: —que los bizcochos
estarán para el Viernes;
otra: —que no hay mondongo.
Allí se está embobado
con su devota el otro,
que está tierno de puro
asado en el rescoldo.
Con una allá que canta
otra está que es asombro,
y tiene en sus amores
más requiebros que tonos.
Y aquí acabo, es preciso,
cosa es que no la toco,
que un hombre no haga versos
porque le den un soplo.

(1) *Zorrochocos* y *zorroclocos* son dos limeñismos antiguos que equivalen á *requiebros*. *Estar zorroclocos* era estar enamorado.

De don Juan Manuel de Rojas.

Para luz de un peligro
pretende hoy un precepto
que (más que en mi discurso)
luzcan en mi obediencia los aciertos.

De un locutorio manda
que pondere los riesgos,
porque debo á la dicha,
si no experimentarlos, conocerlos.
Mis temores se esfuerzan,
se animan mis recelos,
que al ver los precipicios
se hacen más formidables los despeños.

Oh! Apolo, soberano
Padre del Universo!
haga esta vez siquiera
más süaves tu influjo mis acentos.

No es más un locutorio
que un dormido de suelo,
una lisonja vana
y un engañoso apetecido riesgo.

Es sirena alevosa,
cuyo encanto halagueño
embelesando ingrato
despierta con la ruina el embeleso.

Allí en las voluntades
respiran los afectos,
para estatuas vivientes,
himnos que se deshacen con el viento.

Ciega allí la fortuna,
malquistando su imperio,
hace con lo adorado
más feliz lo atrevido que lo atento.

Allí en falsas ternezas,
en mentidos conceptos,
afirma infiel el lauro
lo que aun no fué impresión del pensamiento.

Allí logra lo falso
ultrajar lo perfecto,
pues en las hermosuras
es lo mudable injuria de lo bello.

Allí es donde les cabe
el ser, por más groseras,
de ignorantes delitos
indigna punición los escarmientos.

Allí el celo más fino,
del amor noble empeño,
pasando á ser locura
deja villanamente de ser celo.

Allí la vil congoja,
duplicando su efecto,